

El mito del progreso

Juan M. Pascual

"Si este es el mejor de los mundos posibles, entonces ¿cómo serán los demás?"

Voltaire, en *Cándido*, refiriéndose al optimismo.

"La experiencia me ha enseñado que no hay mayor antagonista del entusiasmo ni peor obstáculo incluso al simple reconocimiento de lo bello, que las inoportunas reflexiones que a veces dedicamos a la miseria humana y a la vanidad de todas nuestras empresas. Éste es el único escollo que siempre yace tendido ante los pies de los grandes espíritus y en el que más fácilmente tropiezan cuanto mayor es su grandeza. Las mentes comunes, sin embargo, no reparan en este destino que de alguna forma abarca a todo el universo, sino que, como recompensa a contentarse con manjares que tan sólo les ofrecen buenas apariencias, quedan satisfechas más fácilmente, pues no destruyen el gusto a base de reflexionar. De la misma manera que, si la sabiduría fuese incompatible con la felicidad, la feliz ignorancia podría resultar mejor pauta de vida que la rigurosa prudencia, creo sería preferible ignorar a la razón para entregarse al hábito, o incluso razonar para tan sólo entretenerse. Pero, gracias a Dios, no somos tan desdichados; además, la naturaleza sería una muy cruel madre si precisamente lo que más nos perfecciona tuviese que ir necesariamente aparejado a nuestra miseria."

Gottfried W. Leibniz, inédito.

Píndaro, descendiente apócrifo de Egeo, que padeció de la omnipresente consciencia de lo efímero descubierta en su época ("*Somos criaturas de un solo día. ¿Qué es, o qué no es cualquiera de nosotros? Un ser humano no es sino una sombra soñada en un sueño*"), manifestaba en su séptima Oda Olímpica de 466 A.C. con naturalidad cotidiana que en la prodigiosa Rodas "*las figuras animadas resaltan cada una de las vías públicas, pareciendo piedras que respiran o que a veces mueven algún pie de mármol*". Veinticinco siglos más tarde, el azar volvía a insertar de nuevo una parte de aquel mundo relegado a la fábula en el nuestro, sin previo aviso y casi sin esfuerzo. El descubrimiento en 1902 de un extraño artefacto de bronce yacente desarmado en pedazos entre los restos de un naufragio no lejos de la isla de Antiquitera, hermana menor de la de Creta, devolvió a las memorias cultivadas los no vanos esfuerzos del estoico Posidonio y de su escuela de Rodas. El objeto, de apenas 33 × 17 × 9 cm, que estaba probablemente destinado a enriquecer la colección de Julio César y se halla hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas, consta de no menos de 40 engranajes y 2.000 caracteres ordenadamente inscritos que reproducen y explican el universo heliocéntrico con sus estrellas, movimientos planetarios, eclipses y cambios de estación con admirable precisión. El descubrimiento reforzó la antigua creencia de que Posidonio y sus discípulos instauraron con éxito un programa unificado de conocimiento del universo y del hombre capaz de explicar y guiar el comportamiento humano. A pesar de alguna mención de Cicerón y de ciertos rumores de que el Califa de Bagdad comisionó en 850 la inclusión de varios artefactos similares en el *Kitab al-Hiyal* (Libro de los Ingenios Mecánicos), Europa descreyó de que el hombre pudiera replicar o predecir el cosmos mediante una máquina hasta que el siglo XVIII asistió a la reinención de instrumentos de computación de inusitada potencia. La moral de esta historia no se nos oculta: estamos obligados a repetir el mundo constantemente. Desconocemos el alcance de quienes nos han precedido y, por tanto, el acontecer de cualquier hecho novedoso nos conduce a creer que progresamos.

Historia y progreso

Algunas apariencias de progreso estriban en la creencia en el tiempo como entidad lineal y en la memoria colectiva como archivo fidedigno de la experiencia. Periódicamente, una vez por cada generación, creemos que nos hallamos -finalmente- ante una nueva era libre de los prejuicios y asunciones que operaron subrepticamente dentro de las mentes del pasado. Los errores de forma y concepto que limitaban a los hombres hasta ahora mismo acaban de quedar relegados al mundo irreplicable para siempre de lo arcaico. La filosofía, innecesaria hoy, se convierte en la historia de las ideas y curiosidades de la filosofía, sin entablar diálogo a pie de igualdad con las ideas mismas, que se han convertido en piezas de museo de una cultura extranjera cada vez más distante; la literatura se enseña bajo repetidos preámbulos titulados 'Vida y obra' o 'El autor y su tiempo' para justificar las coincidencias entre las vidas y las obras y los autores y los tiempos por si ocurriesen, en lugar de entender los significados y primar la estética; y la ciencia se declara plena de estudios 'pioneros, visionarios o adelantados a su tiempo', sin reparar en la imposibilidad de que algo pueda adelantarse a su tiempo, para luego invocarlos sin conocerlos. Nunca ha sido menos importante leer si a cambio se puede escribir, o escuchar si se ofrece la oportunidad de hablar. Nuestra incansable ilusión de progreso confía en que el tiempo pasado y el presente fluyen beneficiosamente hacia el olvido arrastrando consigo lo superfluo y tedioso, pero no sin haber antes infundido en la memoria de los hombres lo necesario para el bien común y el desarrollo. Incontables hallazgos insólitos e ideas son periódicamente re-descubiertos o re-inventadas a causa del olvido porque la memoria frecuentada por la mayoría de los hombres sólo devuelve lo depositado en ella de forma torpe y deteriorada, como sombras proyectadas en una caverna que huyen de la luz externa. Tan sólo unos pocos individuos conversan con los hombres de todo el mundo, presentes y pasados, a la manera soñada por Luciano de Samósata, sembrando, mientras viajan, las semillas que la humanidad restante cosechará más tarde. La aspiración leibniziana de una comunidad intemporal de hombres que abarque el universo entero trabajando colectivamente por acrecentar y sistematizar el saber ya había sido esbozada por John Wilkins sobre las utopías de otros, pero nunca ha parecido estar más lejana de nosotros.

Progreso y ciencia

Se argumenta que, hasta ahora, no han sido muchas las indicaciones de progreso científico o que, ciertamente, no se han cumplido las expectativas vaticinadas habitualmente a cada generación. Como recordaría J. L. Borges, bastaría una sola pesadilla o un solo cáncer para descreer del optimista postulado de que nuestra época ha conquistado siquiera alguna de las dificultades que el mundo no cesa de suministrarnos. Serviría un solo ejemplo: desde 1975 hasta hoy, la probabilidad de vivir más de 5 años después del diagnóstico de un cáncer (considerando a éste como una sola enfermedad) ha aumentado en un modesto 10%, a pesar de nuestra convivencia con los dos millones de artículos científicos aparecidos en revistas profesionales durante el mismo período. El sondeo de cualquier muestra simbolizante de lo publicado, tanto en este como en otros ámbitos de la ciencia, induce inexorablemente a la sospecha de que la mayor parte de los científicos se ha esmerado más por publicar lo que estuviese al alcance de sus posibilidades inmediatas que de contribuir aportaciones significativas. Invariablemente, los mejores hallazgos científicos se gestan en el contexto de la confirmación o el desecho de hipótesis, frecuentemente dando lugar a nuevas hipótesis encadenadas. No exento de limitaciones metodológicas y corriendo el riesgo de multiplicar los objetos de estudio hasta el infinito, este abordaje parece mantener la cautela debida cuando se trata de descifrar algo tan ajeno a la mente humana como la herencia de un gen o el latido del corazón. Es precisamente la formulación de nuevas preguntas relevantes y asequibles lo que caracteriza a la ciencia útil y a las revoluciones científicas. El mayoritario resto de la actividad científica es, inevitablemente, rehén de pequeños avances tecnológicos en busca de aplicación, de la resolución de pseudoproblemas o del análisis exitoso de epifenómenos que distan inconmensurablemente del núcleo de lo relevante y del centro del mundo.

Ciencia y universidad

Desde que el pragmatismo hizo abandonar hace algún tiempo a la universidad española sus aspiraciones a catalizar el progreso (industrial, empresarial, ideológico, cultural), se ha producido un desencanto instigado por la ausencia de metas y por la inactividad de sus constituyentes. Ya había precedentes: salvo notables excepciones, ningún descubrimiento científico o constructo intelectual memorable nació en una universidad con anterioridad al siglo XIX. La universidad moderna de investigación es producto reciente del siglo XX y del desarrollo experimentado por los países por entonces avanzados. En el caso de la universidad en España, país que como Voltaire resaltaba, arrastraba la herencia de tan deficiente formación académica que sus formidables ejércitos se veían forzados a servirse de ingenieros extranjeros, no es acertado emplear el vocablo "atraso", término inaugurado por Santiago Ramón y Cajal en este contexto, que magnánimamente hizo suyo. Ir "atrasado" o con "retraso" presupone "ir" y nos anticipa un "llegar", aunque sea tardíamente. En nuestro tiempo de abundancia, cuando las universidades del mundo han aprendido a concentrar los saberes agrupando y facilitando la convivencia de algunas de las mejores mentes, se acumulan evidencias de que la aparatosa universidad española también "va", pero en una dirección imprevista y enlentecida, por camino impracticable. En palabras de Ramón y Cajal: *"A causa de esta incompleta conjugación con Europa, nuestros maestros profesaron una ciencia muerta, esencialmente formal, la ciencia de los libros, donde todo parece definitivo (cuando nuestro saber hállase en perpetuo devenir), e ignoraron la ciencia viva, dinámica, en flujo y reflujo perennes, que sólo se aprende conviviendo con los grandes investigadores, respirando esa atmósfera tónica de sano escepticismo, de sugestión directa, de imitación y de impulsión sin las cuales las mejores aptitudes se petrifican en la rutinaria labor del repetidor o del comentarista"*. Como cuando los hombres se excluyen y declaran autosuficientes, la privación de contacto con la realidad forjada por otros hombres evoca a una isla casi desierta, inaccesible y abandonada a la merced de los elementos. Como en la isla descrita por Jonathan Swift, algunos de sus habitantes hacen transcurrir el tiempo sin dificultad, ensimismados en actividades indescifrables e irrelevantes; como en la isla monstruosa imaginada por Herbert G. Wells, la deriva acentúa las deficiencias latentes en otros. Es fácil parafrasear a Immanuel Kant para no enumerar las oscuridades que nos ensombrecen: el profesor dice: ¡no razones y repite!; el funcionario: ¡no razones y vuelve mañana!; el investigador: ¡no razones y admírame! (La autoridad, embajadora de Sísifo, dice: ¡irazona todo lo que quieras y sobre lo que quieras, pero vota y obedece!)

Resurge, siempre que lo necesitamos, el consuelo del héroe Baltasar Gracián, recordándonos que los hombres nacemos llorando como anticipo de lo que el mundo nos ha preparado, y señalando hacia el camino del progreso de cada hombre a lo largo de su vida: al principio, hablar con los muertos (los que fueron antes que nosotros), después, hablar con lo vivos (los que encontremos en el mundo que nos rodea) para, en conclusión, poder hablar con uno mismo. Este es -no otro- el insólito camino del progreso.

Juan M. Pascual es Profesor en la Universidad de Texas y Miembro de número de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y correspondiente, Real Academia Española